

Reflexiones para médicos jóvenes y no tan jóvenes

El origen de esta presentación se remonta al Congreso Argentino de Cirugía de 2011 cuando el Dr. Norberto Mezzadri me pidió que pensara una charla sobre consejos para jóvenes médicos. En ese momento sentí un gran orgullo, luego enorme responsabilidad y finalmente algo de miedo.

El primer sentimiento, orgullo, fue por pensar que uno de mis mejores amigos, quien me conoce como pocos de toda la vida, entendía que yo podía servirles de ejemplo contando algo de mi vida y experiencia. El segundo sentimiento, responsabilidad, dado que un consejo bien dado y en el momento adecuado puede resultar de gran ayuda; en cambio, uno inadecuado en tiempo y forma puede conspirar contra el que lo recibe, más aún si confía en el emisor del mensaje. El tercer sentimiento, miedo, porque siempre pensé que los consejeros debían ser personas mayores, bien vividos, sabios. Aún no me considero viejo, y mucho menos sabio, y esa es una buena razón para sentir miedo.

No creo que deban tomar esta charla muy en serio, pero si algo de lo que les diga y cuente ayuda solo a uno de ustedes a desenvolverse mejor en la vida y alcanzar metas soñadas, mi objetivo estará satisfecho.

Mi principal reflexión se relaciona con el viejo dicho “separar la paja del trigo”, que en definitiva es saber apreciar e identificar lo esencial de lo superfluo, lo eterno de lo temporal, lo importante de lo intrascendente. Identificar qué es lo básico para mantenernos equilibrados.

En general, lo más importante se relaciona con los afectos; en mi caso, mi esposa, mis hijos, mis hermanos, mis amigos y mis discípulos. Pero para otros ese *core* esencial puede hacer referencia a la vocación, al trabajo, etc. Digamos que ese sentimiento siempre está y, como consecuencia de ello, a veces cometemos el error de apreciarlo solo cuando nos falta. Esa relación primaria con los que más queremos es esencial para mantenernos equilibrados y, aunque sin estridencias, nos alimenta a diario.

Está directamente vinculada con el equilibrio emocional. La falta o disfunción en nuestra relación con nuestros afectos puede inesperadamente hacernos perder el objetivo fundamental de nuestra vida. Es por ello que, ante la posibilidad o sensación de desequilibrio o inestabilidad, siempre debemos volver a analizar nuestra relación con los afectos más queridos. Recuperar esa relación rápidamente nos devuelve la felicidad y alegría. Va de suyo que mi consejo en este caso es mantener estos afectos sanos y estar siempre atentos a sus necesidades y demandas. Este simple consejo es el ingrediente principal de la receta del éxito. Su pérdida es una experiencia que no aconsejo a nadie.

Mi segunda reflexión versa sobre lo que se llama vocación, que es hacer aquello que nos gusta y hace felices. Estoy convencido de que lo único que me llevó siempre adelante fue que amé lo que hacía. Ustedes tienen que encontrar lo que aman; esto es así tanto para su trabajo como para sus amores. El trabajo va a llenar una gran parte de su vida, y la única forma de estar realmente satisfecho es hacer un gran trabajo. ¡Y haremos un gran trabajo solamente si amamos lo que hacemos! Por ello, si aún no encontraron ese amor, no se den por vencidos y sigan buscando. No se conformen con paliativos. La fórmula para diagnosticar si estamos haciendo lo que amamos es simple: solo pensar que hoy es el último día de nuestra vida y si lo que vamos a hacer lo haremos a gusto. Cuando al mirarnos al espejo diariamente se repite la respuesta “NO” por muchos días, sabemos que es tiempo de cambiar algo. Seguramente ustedes pueden llegar a ser lo que desean ser, pero desearlo o soñarlo no es suficiente. Tendrán que estudiar, trabajar y pelear para ello con toda la fuerza de su corazón y alma.

Rechacen siempre la fácil postura de victimizarse. No justifiquen sus propias incompetencias en supuestas conspiraciones, trabas o malos jefes. Ustedes serán siempre los responsables de éxitos y fracasos.

El próximo pensamiento se refiere al maestro, al guía, al mentor. He sido afortunado pues he tenido maestros y de los buenos, quienes estimularon el pensamiento crítico, la independencia de criterio y la generosidad en la enseñanza. Buscar un maestro es un fenómeno activo, necesita reclutamiento. No esperen que el médico que ustedes admiran, aquel al cual se quieren parecer hasta en el mínimo de los gestos, se presente y les diga: “Yo quiero ser tu mentor”. Eso no sucede nunca. Ustedes deben identificarlo y conquistarlo, mostrarle su amor por lo que hacen, la contracción al trabajo, al estudio y... honestidad. Nunca el pretendido maestro los adoptará si no comprueba certeramente la pasión de ustedes por lo que él ama.

El fenómeno discípulo-maestro es activo y se fundamenta en ese maravilloso sentimiento de cariño, admiración y respeto mutuo. Los actores no se conocen al azar, sino que se buscan activamente hasta que se encuentran y tienen la oportunidad de establecer esa relación que los unirá para siempre. El maestro comparte el conocimiento, administra el consejo y se regocija del triunfo de su protegido, ofreciendo sus hombros para que se proyecte a un nivel superior que el propio. Pero esta interacción es recíproca, y los discípulos mantienen presente la puesta al día del conocimiento científico, enseñando al maestro los trucos de la modernidad y del avance tecnológico, evitando así el anquilosamiento indefectible por el paso del tiempo.

Los reproches del maestro son imborrables, y extremadamente útiles. Al respecto, un gran amigo de Tandil ya fallecido, el Dr. Juan Salceda, me enseñó esta frase que reúne la genialidad de la sencillez: “No hay patada en el culo que no te haga ir para adelante”.

Sean humildes; la humildad los llenará de satisfacciones y conocimiento. Este simple enunciado es importante tenerlo presente para gozar de la capacidad de aprender. El arrogante que piensa que lo sabe todo bloquea su capacidad de aprender. El ser humildes, preguntar siempre (aunque dé vergüenza), aceptar los errores para así saber cómo evitarlos y tomar enseñanza de ellos nos hace salir fortalecidos.

Escuchen sin prejuicios a otros colegas que opinan distinto para poder crecer en el conocimiento y finalmente saber pedir ayuda y disfrutar de ese aprendizaje. Para redondear el concepto: la humildad abre la mente y la sensibiliza para aceptar el conocimiento y capitalizarlo. La arrogancia produce el efecto opuesto.

Gasten su energía en crear y no en pelear. Esa debería ser una marca registrada. Siempre se obtiene un resultado mejor y se derrocha menos energía en el diálogo, aunque en el corto plazo parezca lo contrario. Debemos concentrarnos en elaborar nuestro destino con metas elevadas, ambiciosas y realistas, y durante el proceso evitar las disputas estériles que solo distraen nuestra alma, crean resentimiento y nos desvían del camino adecuado.

Alcanzar esas metas ambiciosas implica a veces tomar riesgos, pero acuérdense siempre de esta otra marca registrada: “No hay peor gestión que la que no se realiza”.

Dentro de 20 años van estar más arrepentidos por las cosas que no hicieron que por aquellas que hicieron mal.

Muchas veces tenemos miedo o vergüenza de golpear puertas, o temor de fracasar o solo cansancio y desesperanza. Pero la vida nos obliga y nos da la oportunidad de tomar riesgos, y, si esos riesgos nos acercan a nuestras metas, vale la pena el esfuerzo.

Es importante soñar y poner los objetivos bien altos, pero es útil también ser realista cuando se mide la distancia al objetivo soñado. El sentido común es una condición escasa en nuestros días y, como dice el adagio, “debería ser el más común de los sentidos”, pero se entrena y se potencia con humildad, sacrificio, estudio y perseverancia.

Y ahora quiero referirme a un sentimiento que nos acompaña siempre en la vida: el miedo. Saber manejarlo, convivir con él y vencerlo no es tarea fácil. Solo lo experimentan los cobardes y los valientes. Los primeros huyen de él y no lo enfrentan; los valientes lo sufren pero saben cómo manejarlo y lo enfrentan. Los temerarios tienen agenesia del miedo, y esa condición los lleva a cometer errores irreparables. Nunca huyan de él, enfréntenlo siempre con convicción, sensatez y mucho trabajo. Un hombre que busca el saber puede sentir miedo, pero debe ir hacia él bien despierto, con respeto y con absoluta confianza.

Ahora me voy a dirigir principalmente a mis jóvenes cirujanos que se encuentran presentes. Siempre aspiren a ser el mejor cirujano. Pero ¿qué es ser el mejor cirujano? Desde muy joven escuché a mi padre, quien fue cirujano rural y además un gran médico, las alabanzas hacia su maestro, el Prof. Federico Enrique Christman. Esos relatos lo elevaban a la perfección y en mis fantasías fue la imagen que busqué como guía. Siendo alumno de 6° año de Medicina tuve la oportunidad de ver a ese gran maestro operar luego de varios años de retirado de la actividad quirúrgica.

El paciente era portador de un megacolon chagásico y tenía varias cirugías previas. El anfiteatro estaba repleto y el silencio era signo de respeto y casi de adoración. Christman dijo: “Hace mucho que no opero, así que no esperen velocidad, pero el nadador que ha aprendido un estilo y se desentrena, pierde la velocidad, pero no el estilo”... y siguió lo que para mí fue una sinfonía ejecutada a la perfección.

Aristides Benvenuto Mezzadri, quien fue jefe de trabajos prácticos en la cátedra de Técnica Quirúrgica de Christman, nos entrenó a su hijo Norberto y a mí durante los fines de semana, en un quirófano improvisado en el fondo de su casa, durante nuestros años de estudiantes de medicina, en las lides de la técnica quirúrgica.

El privilegio de vivir la enseñanza de la técnica desde muy joven me llevó a cometer el error de creer que “el mejor cirujano” era el más hábil. En general, el cirujano admira y respeta al colega que demuestra habilidad técnica y facilidad en la ejecución de las maniobras. No es infrecuente escuchar comentarios peyorativos sobre aquellos que no disponen de esas condiciones naturales. Las buenas residencias de cirugía en el mundo han venido a demostrar sus bondades al transformar a un residente poco dotado técnicamente, en un cirujano estándar al finalizar su entrenamiento.

Estas reflexiones solo pretenden poner en su lugar la destreza técnica, ya que es la condición *sine qua non* del “mejor cirujano”, pero en balance con otras tales como el conocimiento, el equilibrio y el sano criterio.

Un cirujano habilidoso ha sido dotado con una virtud que, si la administra equilibradamente, puede redundar en beneficio para el paciente. Y ahí nos acercamos a lo que considero el meollo del problema. Ser “el mejor cirujano” debe alejarse del concepto narcisista “yo hice lo que otros no podrían”, y concentrarse solamente en el beneficio del enfermo. Nos entrenamos, estudiamos y sacrificamos toda la vida como cirujanos y médicos, para beneficiar y ayudar a los pacientes, para curarlos, mitigar su dolor y acompañarlos en su difícil momento. Y tal concepto debe privar cuando juzgamos al “mejor cirujano”, ya que este no debe buscar su lucimiento durante la ejecución de un procedimiento sino solo pensar en las consecuencias de su actuación técnica.

Mucho me impresionaron las palabras de un gran maestro y cirujano, Henri Bismuth, refiriéndose a los cirujanos extremadamente audaces: "...nunca he sabido de un cirujano que se muriera en quirófano como consecuencia de su temeraria acción, pero sí he visto morir y llenar de dolor y complicaciones a los pacientes de esos audaces...". Este concepto debe prevalecer a la hora de tomar nuestras decisiones para con los pacientes.

"El mejor cirujano" no es aquel que arremete contra el cáncer sin importar las consecuencias de sus actos y el dolor del paciente y justifica su accionar en la necesidad de obtener el R0, aunque sea a costa de la vida o las complicaciones del enfermo. Todos hemos escuchado la patética expresión de deseo "Y ahora me juego y hago tal o cual maniobra". Lo que siempre está en juego es la vida y el sufrimiento de nuestros pacientes.

"El mejor cirujano" sabe cuándo acelerar y, mucho más importante, su conocimiento y criterio le marcan cuándo parar. Sabe que un consentimiento informado exhaustivo no lo habilita a ejecutar una acción que puede redundar en una complicación gravosa para el enfermo tratado.

Su ego no se mancha cuando tiene que retroceder, ya que solo piensa en el paciente y, dado que realmente es "el mejor cirujano", no necesita demostrarse a sí mismo ni a los demás su valía. Nunca parece apurado en sus maniobras, pero el tiempo final de los procedimientos es siempre menor que el promedio, dado que su velocidad se manifiesta por encontrar los planos adecuados y ahorrar idas y vueltas o maniobras innecesarias. Muy frecuentemente cuando ayudo a un joven que se siente hábil, trata de acaparar mi atención con maniobras rápidas y hasta ostentosamente elegantes. Mi consejo se apresura a poco de iniciar el procedimiento: "No me vas a impresionar con velocidad; nadie nos corre; sé prolijo y ejecuta solo los movimientos necesarios".

La cirugía moderna basa en gran parte sus resultados en la buena anestesia, con lo cual el tiempo no es una prioridad, pero el tiempo adecuado parece necesario. El cirujano demasiado lento, aunque sea extremadamente prolijo, tiene una gran contra: aburre al equipo que lo ayuda.

El procedimiento quirúrgico es hoy en día un trabajo de equipo. Por esto, "el mejor cirujano" nunca los aburre, sino los motiva, les explica el objetivo, los estimula y dirige una orquesta que ejecuta una melodía. Pero, si tuviera que elegir un cirujano estándar, elegiría uno que piense rápido aunque opere lento en lugar de otro que opere rápido y piense lento. El buen cirujano lidera el procedimiento quirúrgico y respalda a todos sus integrantes, que sienten su protección en medio del estrés. Consigue lo mejor de cada uno de ellos. Excepcionalmente se lo escucha recriminar o insultar a sus ayudantes. Cuando no rinden en forma adecuada, los estimula, vuelve a motivar y los reprende en forma no ofensiva. Una llamada de atención por una tarea no cumplida, impartida en forma adecuada y con algo de ironía, puede ser más eficaz que el peor de los gritos o insultos.

Al "mejor cirujano" nunca se lo ve ansioso por finalizar el procedimiento quirúrgico, ya que su único objetivo es obtener un buen resultado que beneficie a su paciente, que ha confiado en él. No parece apurado. Para el observador externo, lo que hace siempre parece fácil, con maniobras simples, sin altisonancia, aunque el caso sea complejo y de difícil solución. Cuando el observador tiene la oportunidad de tratar un caso similar lamentará: ¡y pensar que parecía tan fácil cuando él operaba!

He visto a algunos hábiles cirujanos proceder como aquellos glotones que se sacan la comida del plato rápidamente sin disfrutarla. Esta ansiedad tiene desventajas para el paciente dado que, aunque rápido, el procedimiento está sujeto a un bajo nivel de análisis y balance de las distintas opciones. Tiene también contras para el propio cirujano que no está gozando con su trabajo diario. Solo se lo quiere sacar rápidamente de encima, a veces para no sufrir, otras tan solo para continuar con el siguiente caso.

"El mejor cirujano" debe auditar seria y constantemente sus resultados y conocer sus capacidades reales así como sus limitaciones. "El mejor cirujano" es aquel que obtiene los mejores resultados inmediatos y alejados. Solo el profundo y objetivo análisis de sus resultados le dará el equilibrio para alcanzar la excelencia en cirugía.

Cuando hemos tomado al "mejor cirujano" como referente, pensamos inocentemente que el hecho de ejecutar algunos procedimientos técnicamente complejos como él lo hace puede graduarnos como "el mejor cirujano". Y esta circunstancia hace que perdamos de vista al paciente y nos embarquemos en una visión simplista y narcisista de lo hablado. No podemos graduarnos como "el mejor cirujano" por el solo hecho de ejecutar grandes procedimientos quirúrgicos. Ser "el mejor cirujano" va más allá de la posible ejecución técnica, y se imbrica con los resultados, el criterio, el humanismo, la investigación y la humildad de aceptar y conocer nuestras limitaciones.

"El mejor cirujano" es generoso con el conocimiento y lo transmite constantemente. También es consciente de su saber limitado, con lo cual siempre está dispuesto a estudiar y aprender de los demás. No lo debilita el pedir ayuda, sino que lo fortalece, dado que su prioridad es el beneficio de su paciente. Constantemente estudia y no deja de investigar y comunicar para dejar así un legado a las generaciones venideras.

"El mejor cirujano" es también "el mejor médico" y nunca abandona a su paciente. Por el contrario, no se aburre de dar explicaciones y consolar a su enfermo y a la familia que lo rodea, estando siempre presente y no huyendo del dolor.

Finalmente, “el mejor cirujano” no sabe que es “el mejor” ni le importa serlo. Esta condición le permite siempre ser permeable al conocimiento que redundará en beneficio de sus futuros pacientes.

He dejado para el final una consideración superior y es “saber ser agradecidos de nuestros maestros de la vida y de la profesión”.

Con orgullo destaco al Profesor Dr. Enrique M. Beveraggi a quien siento, admiro y respeto por su honestidad e inteligencia, como ese maestro que enseña con el silencio del ejemplo. Su consejo sabio y respaldo incondicional siempre estuvieron presentes en los momentos felices y duros de mi vida.

Como todos, él también sufrió la adversidad y a pesar de ello nunca dejó de ser un gran médico y mentor excepcional. Con mis gracias al Dr. Enrique Beveraggi, privilegio a los más jóvenes con este pensamiento: “Para ser un gran médico hay que ser primero una buena persona”.

Para finalizar esta charla quiero referirme nuevamente al equilibrio, su significado e implicaciones. Una anécdota lo ejemplifica claramente: “A un profesor de filosofía sus alumnos le preguntaron qué **era el equilibrio y cómo conservarlo** en la vida. En lugar de hablar, el profesor tomó un gran jarrón vacío y procedió a llenarlo con pelotas de golf. Luego preguntó a los alumnos si el jarrón estaba lleno. Ellos afirmaron que sí lo estaba. Entonces el profesor tomó unas canicas o bolitas y las echó dentro del jarrón, luego lo batió y las bolillas se acomodaron en el espacio entre las pelotas de golf. Volvió a preguntar si el jarrón estaba lleno, a lo que los alumnos respondieron afirmativamente. El profesor tomó un recipiente con arena y la derramó dentro el jarrón repitiendo la anterior operación hasta que este pareció lleno. Una vez más preguntó si estaba lleno y obtuvo una respuesta afirmativa del alumnado. Finalmente, sacó de debajo de la mesa 2 botellas de cerveza, que también derramó completamente en el interior.

“Ahora, dijo el profesor, imaginemos que el jarrón representa nuestra vida. Las pelotas de golf son las cosas importantes: nuestra esposa, hijos, amigos, la salud y nuestra pasión. Esas bolas de golf representan las cosas fundamentales que, si las perdemos, la vida carece de sentido. Las bolitas son otras cosas que importan algo menos, como el trabajo, nuestra casa, el auto. La arena representa todas las otras cosas pequeñas, que solo rellenan los espacios de nuestra vida. Por ejemplo, si llenamos el jarrón primero con arena, corremos el riesgo de que no entren luego las bolitas o, lo que es más importante, las pelotas de golf. Aunque ellas deberían ir primero en el jarrón de la vida a veces las dejamos al final con las consecuencias que ello acarrea. Presten atención primero a las cosas que los hagan felices. Siempre habrá espacio para las cosas más pequeñas.

“Uno de los alumnos agitó la mano y preguntó: ¿Qué representan las dos botellas de cerveza maestro? El profesor sonrió y dijo: Gracias por preguntarlo. Esto solo muestra que no importa cuán llena tu vida parece estar; siempre debe haber espacio para un par de cervezas con tu mejor amigo”.

Prof. Dr. Eduardo de Santibañes
Jefe del Servicio de Cirugía y de la
Unidad de Trasplante Hepático del
Hospital Italiano de Buenos Aires.